

multitud en la plaza de los *Torneos*, que habiendo sabido el regreso del general Bonaparte, gritaban hasta desgañitarse *viva Bonaparte!* unos porque eran efectivamente sinceros admiradores del vencedor de Arcola, de Rívoli y de las Pirámides; otros porque, como habia dicho maese Courtois, se figuraban que todas estas victorias habian de redundar en beneficio de S. M. Luis XVIII.

Como habian ya visitado todo lo que la ciudad de Bourg ofrecia de notable, encamináronse Roland y sir John al castillo de Fuentes-Negras, al que llegaron sin encontrar nuevo tropiezo.

Madama de Montrevel y Amelia habian salido. Hizo Roland sentar á sir John en un sillón, rogándole aguardase cinco minutos.

Pasado este tiempo, volvió con una especie de cuaderno en la mano, de papel ceniciento, muy mal impreso.

—Querido huésped, le dijo, me ha parecido que os quedaba alguna duda acerca de la autenticidad de la fiesta de que ahora mismo os hablaba, y que por poco cuesta la vida á mi madre y hermana. Para desvanecer vuestros escrúpulos os traigo el programa: leedlo mientras voy á ver qué han hecho de mis perros, pues supongo me dispensareis el día de pesca para destinarlo á la caza.

Salió en efecto dejando á sir John el acuerdo de la municipalidad de Bourg, relativo á la fiesta fúnebre celebrada en honor de Marat, en el aniversario de su muerte.

Acababa sir John la lectura de este interesante documento, cuando llegaron madama de Montrevel y su hija.

Amelia, que ignoraba la conversacion habida entre Roland y sir John, experimentó cierta extrañeza al ver la expresion de interés con que fijaba en ella su mirada sir John.

Parecióle Amelia mas encantadora que nunca.

Aprobaba en su interior la entereza de una madre que, á riesgo de su vida, se habia opuesto á que aquella interesante criatura profanase su juventud y su hermosura, sirviendo de comparsa en una fiesta en la que era el dios aquel fétido cadáver que llevaba el nombre de Marat.

Veníale á la memoria el frio y húmedo calabozo que habia visitado una hora antes, y se estremecia á la idea de que aquella blanca y delicada criatura que tenia á sus ojos hubiese en él permanecido encerrada durante seis semanas, privada del aire y de la luz.

Contemplaba aquel cuello, demasiado largo quizás, pero lleno como el del cisne de gracia y donosura, recordándole la melancólica expresion de la desgraciada princesa de Lamballe, pasando la mano por el suyo: «Poco trabajo dará al verdugo!»

Las ideas que se agolpaban á la mente de sir John comunicaban á su fisonomía una expresion tan distinta de la que tenia habitualmente, que madama de Montrevel se vió precisada á preguntarle si habia algo de nuevo.

Contóle entonces sir John su visita á la cárcel y la piadosa

peregrinacion de Roland al calabozo donde habian estado presas su madre y hermana.

Al terminar sir John el relato, oyóse una tocata de caza, entrando Roland con el cuerno aplicado á los labios.

Pero separándolo luego de su boca :

— Querido huésped, le dijo, debeis estar agradecido á mamá: gracias á ella, tendremos mañana una magnífica cacería.—Gracias á mí? preguntó madama de Montrevel.—Cómo es esto? preguntó sir John.—Os he dejado para ir á ver lo que habian hecho de mis perros, no es verdad?—Así me lo habeis dicho á lo menos.—Tenia dos, Barbichon y Ravaude, dos excelentes perros, macho y hembra.—Oh! dijo sir John, han muerto tal vez?—Sí, pero esta excelente mamá, y al decir esto abrazó á madama de Montrevel, no ha querido que echasen al agua ninguno de los cachorros, por la razon de que eran los perros de mis perros; de manera que son hoy tan numerosos los hijos, nietos y biznietos de Barbichon y Ravaude, como los descendientes de Ismael, y que no es una trailla lo que tengo hoy, sino una jauría completa, veinte y cinco perros cazando todos á la vez, negros todos como una manada de topos, con sus patas blancas, y un regimiento de colas levantadas que os dará gusto ver.

Púsose Roland á tocar de nuevo el cuerno de caza, á cuyo sonido compareció corriendo su hermanito.

— Oh! exclamó al entrar, mañana vas tú á cazar, hermano, yo tambien voy, yo tambien, yo tambien!—Bueno,

contestó Roland, pero sabes á qué caza vamos?—No, pero sé que tú vas.—Vamos á la caza del jabalí.—Oh! qué gozo! dijo el niño palmoteando con sus manecitas.—Pero estás loco! dijo madama de Montrevel palideciendo.—Por qué, mamá?—Porque la caza del jabalí es muy peligrosa.—No lo será mas que la caza del hombre; ya ves que mi hermano ha vuelto de ella, tambien volveré yo de la otra.—Roland, dijo madama de Montrevel, en tanto que Amelia, abismada en una profunda meditacion, ninguna parte tomaba en lo que se estaba discutiendo; Roland, haz entender á Eduardo que lo que propone es absolutamente imposible, y que para acceder á ello preciso seria no tener sentido comun.

Pero Roland, acordándose de su niñez y reconociéndose á sí propio en los deseos de su hermanito, en lugar de reprenderle, sonrió satisfactoriamente al ver aquella intrepidez infantil.

—De muy buena gana permitiria que nos acompañases, dijo finalmente al niño; pero para ir á cazar es menester saber á lo menos lo que es una escopeta.—Oh! M. Roland, contestó Eduardo, tened la bondad de venir conmigo al jardin, pondreis vuestro sombrero á cien pasos, y os enseñaré lo que es una escopeta.—Dios mio! exclamó temblando, y dónde lo has aprendido?—Toma! en casa del armero de Montagnat, que guarda las escopetas de papá y de Roland. Algunas veces me preguntas cómo gasto el dinero, no es verdad? compro pólvora y balas y aprendo á matar austriacos y árabes, como hace mi hermano.

Madama de Montrevel levantó las manos al cielo.

—Qué quereis, mamá? De casta le viene al galgo el ser rabilargo, dijo Roland; es imposible que un Montrevel tema la pólvora: mañana vendrás con nosotros, Eduardo.

Saltó el niño al cuello de su hermano.

—Y yo, dijo sir John, me encargo de armaros hoy mismo cazador, como se armaba en otro tiempo caballero. Tengo una hermosa escopetita, que voy á daros, á fin de que aguardéis con mas paciencia las pistolas y el sable.—Qué tal, preguntó Roland, estás contento, Eduardo?—Sí, pero cuándo me la dareis? Si teneis que escribir á Inglaterra, ya no lo creo.—No, amiguito, bastará que suba á mi cuarto; ya veis cuán pronto estará hecho.—Entonces, subamos en seguida á vuestro cuarto.—Vamos allá, dijo sir John.

Salieron en efecto sir John y Eduardo.

Levantóse luego Amelia, pensativa como siempre y salió tambien.

No pararon en ella la atención madama de Montrevel ni Roland, ocupados como estaban en una importante discusión.

Pretendia madama de Montrevel persuadir á Roland que no llevase consigo al dia siguiente á su hermanito, é insistiendo Roland ponderando la necesidad de que Eduardo, destinado á la carrera militar como su padre y hermano, debia ejercitarse desde niño en el manejo de las armas, 'y familiarizarse con la pólvora y el plomo.

No habia terminado aun la discusion cuando entró Eduardo con la escopeta al hombro.

—Mira, hermano, dijo á Roland, mira qué hermoso regalo me ha heeho milord, dando al mismo tiempo con una mirada las gracias á sir John, que se mantenia de pié en la puerta, buscando con la vista, aun que inútilmente, á Amelia.

Era, en efecto, un magnífico regalo: el arma, trabajada con aquella sobriedad de adornos y sencillez de formas que distingue á las armas inglesas, era una obra acabada; lo mismo que las pistolas, cuya precision habia tenido Roland ocasion de apreciar, procedia de los talleres de Menton y alcanzaba una bala de 24.

Habria sin duda sido fabricada para una señora; conociase fácilmente al observar la poca longitud de la culata y la almohadilla de terciopelo que la cubria, de manera que su primitivo destino hacia que fuese un arma perfectamente proporcionada á la talla de un niño de doce años.

Tomó Roland la escopeta de manos de Eduardo, y despues de haberla examinado escrupulosamente, volviola á su hermanito, diciéndole:

—Dá otra vez las gracias á milord; tienes una escopeta fabricada sin duda para el hijo de un rey: vamos á probarla.

Salieron los tres para hacer algunos disparos con la escopeta de sir John, dejando á madama de Montrevel triste como Tetis cuando vió á Aquiles sacar de la vaina, debajo de sus vestidos de mujer, la espada de Ulises.

Un cuarto de hora despues volvió á entrar Eduardo con aire de triunfo, llevando á su madre un carton del diámetro de la copa de un sombrero, atravesado por diez balas de las doce que á cincuenta pasos habia tirado.

Sir John y Roland se habian quedado conversando y paseando por el jardin.

Madama de Montrevel escuchó bondadosamente el largo relato de las proezas de su hijo, mirándole luego con aquella expresiva y santa tristeza de las madres, para quienes no es la gloria una compensacion de la sangre que ha hecho derramar.

Oh! cuán ingrato es el hijo que, viendo fijada en él esta elocuente mirada, no se acuerda eternamente de ella!

Despues de algunos instantes de contemplarle dolorosamente, apretó á su segundo hijo contra su corazon:

—Tambien tú, murmuró prorumpiendo en sollozos, tambien tú has de abandonar un dia á tu madre?—Sí, mamá, contestó el niño; pero será para volver general como papá, ó ayuda de campo como mi hermano.—Sí, para morir como murió tu padre, y como morirá quizás tu hermano!

Porque la extraña mudanza que se habia operado en el carácter de Roland no escapó al solcito cuidado de madama de Montrevel, añadiendo un nuevo pesar á sus antiguos pesares.

Entre estos, preciso es mencionar la tristeza y palidez de Amelia.

Tenia entonces Amelia diez y siete años; su juventud habia sido la de una niña alegre, llena de vivacidad y salud.

La muerte de su padre habia cubierto con un negro velo su juventud y alegría; estas borrascas pasan, sin embargo, pronto en la primavera de la vida; muy luego renació la sonrisa, este hermoso sol que, como el de la naturaleza, habia brillado á través del rocío del corazon, á que se dá el nombre de lágrimas.

De repente, seis meses antes á poca diferencia, entristeciése el semblante de Amelia, cubriendo una mortal palidez sus hasta entonces rosadas mejillas, y á la manera que se alejan los tiernos pajaritos al acercarse la estacion borrascosa, así habian desaparecido para jamás volver las sonrisas infantiles de sus entreabiertos labios.

En vano habia madama de Montrevel preguntado á su hija la causa de este repentino cambio; Amelia, pretendiendo no haberlo advertido, esforzabase de vez en cuando en sonreír, pero como los círculos que forma el agua de un estanque al arrojar en él una piedra van borrándose poco á poco, del mismo modo fueron desapareciendo del rostro de Amelia los círculos formados por las preguntas de su madre.

Con el admirable instinto maternal, habia Mme. de Montrevel sospechado si podria ser el amor la causa de la tristeza de Amelia; pero quién podia amarla? Nadie entraba en el castillo de Fuentes-Negras, los disturbios políticos habian destruido toda sociedad, y Amelia jamás habia salido sola.

Preciso fué, pues, á madama de Montrevel abandonar toda sospecha sobre el particular.

El regreso de Roland la habia dado por el momento alguna esperanza, que desapareció muy pronto al ver la impresion que en el ánimo de Amelia habia causado dicho regreso.

No era una hermana, era un espectro que al llamarle habia acudido á su presencia.

Desde la llegada de su hijo, no habia madama de Montrevel perdido de vista á Amelia, conociendo con dolorosa extrañeza el efecto que en el ánimo de su hermana habia causado la presencia del jóven oficial; no parecia sino que la habia llenado de espanto: Amelia, cuyos ojos, al fijarse antes en Roland, expresaban la mas pura satisfaccion, manifestaban ahora, al hacerlo, cierto terror.

Pasado el primer momento, aprovechóse Amelia de la ocasion que se le presentaba para recobrar su libertad, retirándose á su cuarto, que era el único lugar del castillo donde parecia encontrarse bien, y en el que desde seis meses á aquella parte permanecia casi constantemente.

Dió la campana la señal de sentarse á la mesa sin que lograra arrancarla de su retiro; y solo al segundo aviso vió-sela entrar lentamente en el comedor.

Ocuparon todo el dia Roland y sir John visitando, como hemos dicho, la ciudad de Bourg y haciendo los preparativos para la cacería que tenian propuesta para el siguiente.

Desde la mañana al medio dia debia darse una batida general; desde el medio dia á la noche perseguir las reses que se hubiesen levantado. Miguel, intrépido cazador, retenido no obstante en el castillo por la indisposicion de que habló Eduardo á su hermano al momento de su llegada, animóse al oír hablar de caza, y montando una jaquita que habia en el castillo, salió en busca de ojeadores hácia Saint-Just y Montagnat.

Si bien no se hallaba en aptitud de tomar parte en la batida ni en la persecucion, debia colocarse con la jauría, los caballos de sir John y Roland y el jaco de Eduardo en el centro del bosque, en el que habia únicamente un camino y dos estrechos senderos.

Los ojeadores, que no podian tomar parte en la persecucion, irian llevando al castillo las reses muertas.

Al dia siguiente á las seis de la mañana aguardaban á la puerta del castillo todos los que habian sido avisados para auxiliar á los cazadores.

Miguel, con los perros y los caballos, debia salir á las once.

El castillo de Fuentes-Negras toca á uno de los extremos del bosque de Seillon, de manera que podian empezar á cazar luego de haber salido de la verja.

Como al principio era probable encontrar tan solo gamos, perdices y liebres, debian empezar á tirar con perdigones. Roland dió á Eduardo una escopetita muy sencilla, de que se

servia él cuando niño; no podía tenerse bastante confianza en la prudencia del niño, para entregarle un arma de dos tiros.

La que le habia regalado sir John el día antes tenia el cañon rayado, y no era posible por lo mismo cargarla sino con bala. Guardábala no obstante Miguel para entregarla á Eduardo en el caso de que despues de la batida tuviese que perseguirse algun jabalí.

Para esta segunda parte de la cacería, debian Roland y sir John cambiar tambien sus armas, tomando carabinas de dos tiros y cuchillos de caza á manera de puñales, afilados como navajas de afeitar, de que se hallaba igualmente provisto el arsenal de sir John, los cuales podian indistintamente emplearse á mano, ó colocarse al extremo del cañon, en forma de bayoneta.

Al empezar la batida, fué fácil pronosticar un buen resultado: al poco tiempo habian muerto ya un corso y dos liebres.

Al medio dia contábanse tres gamos, siete corzos y dos zorros; habíanse levantado tambien dos jabalíes, pero á los disparos con perdigones que se les habian hecho, contestaron sacudiéndose la piel y desapareciendo. Eduardo se hallaba en el colmo de la alegría: habia muerto un gamo.

Segun lo convenido, despues de recompensar bien á los ojeadores por su trabajo, se les envió al castillo con la caza.

Tocóse entonces el cuerno para conocer el sitio donde se

hallaba Miguel, y habiendo este contestado, en menos de diez minutos estuvieron los tres cazadores reunidos con Miguel, la trailla y los caballos.

Miguel habia descubierto un jabalí, que se hallaba en un cercado, á cien pasos de los cazadores. Jaime, el hijo mayor de Miguel, rodeó el cercado con la trailla, á cuya cabeza marchaban Barbichon y Ravaude; al cabo de cinco minutos, veíase al jabalí metido en su escarbadero.

Habria podido matársele desde luego, ó á lo menos dispararle á tiro seguro; pero la caza habria concluido demasiado pronto; arrojóse toda la trailla sobre el animal, que al verse acometido por aquella multitud de pigmeos, alejóse con paso sosegado y como despreciándolos.

Atravesó el camino, y viendo Roland que se dirigia hácia la Cartuja de Seillon, tomaron los tres cazadores el sendero que corta el bosque en toda su longitud.

Persiguiósele hasta las cinco de la tarde por entre la maleza, no pudiendo decidirse á abandonar un sitio cuya espesura constituia su principal defensa.

Finalmente, á las cinco, la fuerza é intensidad de los ladridos dieron á entender que el animal se habia detenido, haciendo frente á los perros.

Hízolo á unos cien pasos del pabellon dependiente de la Cartuja, en uno de los puntos mas escabrosos del bosque. Era imposible penetrar á caballo hasta el lugar de la refriega; por lo que apeáronse los tres cazadores.

Guiados por los ladridos, dirigiéronse hácia dicho sitio, siguiendo directamente en cuanto lo permitia la fragosidad del terreno.

Algunos gritos de dolor, que se oían de tarde en tarde, indicaban que alguno de los sitiadores, atreviéndose á atacar con imprudente ardor al animal, habia recibido el premio de su temeridad.

A una distancia de veinte pasos, empezábanse á distinguir los actores de aquella sangrienta escena.

Arrimado el jabalí á una roca, de modo que no pudiese ser atacado por la espalda, y levantadas sus dos patas delanteras, presentaba á los perros su cabeza con los ojos encendidos, empleando indistintamente los dos medios de defensa con que les amenazaba.

Ladraban los perros delante de él, á su alrededor, casi sobre su mismo cuerpo, haciendo mil diferentes evoluciones.

Cinco ó seis, heridos mas ó menos gravemente, habian regado con su sangre el campo de batalla; mas no por esto cejaban en su empeño de rendir al jabalí, con un encarnizamiento que bien podia servir de ejemplo de resolución á los hombres mas resueltos.

Llegó cada uno de los cazadores á la vista de este espectáculo con las condiciones propias de su edad, de su carácter y de su nacion.

Eduardo, el mas imprudente, por lo mismo que era el mas jóven, con la ligereza y precipitacion correspondientes á su edad, llegó el primero.

Seguíale Roland, pintada en su semblante la mayor indiferencia por el peligro que podia correr, pareciendo buscarlo mejor que evitarlo.

Finalmente sir John, mas lento, mas grave, mas reflexivo, llegó el tercero. Desde el momento que el jabalí vió á los cazadores, no hizo el menor caso de las tentativas de los perros.

Fijos en ellos sus sangrientos ojos, permaneció en su puesto, sin otro movimiento que el de sus mandíbulas, las cuales, chocando violentamente una contra otra, hacian un ruido amenazador.

Despues de contemplar un rato este espectáculo, disponíase Roland á arrojarle el cuchillo en mano, en medio del grupo, abriendo en canal al jabalí, como acostumbra hacerse en los mataderos con los bueyes y los cerdos.

Adivinando sir John su intencion, detúvole por el brazo, al mismo tiempo que Eduardo le decia:

— Oh! hermano mio, déjame tirar al jabalí!

Roland se detuvo.

— Bueno, sí, contestó arrimando su carabina á un árbol y manteniéndose con el cuchillo desenvainado, tírale; cuidado! — Oh, no lo tengas, dijo el niño, apretados los dientes y extremadamente pálido, apuntando con resolucion al jabalí. — Si lo yerra, ó no hace mas que herirle, dijo sir John, lo tenemos encima antes de darnos tiempo ni de pensarlo. — Ya lo sé, milord; conozco muy bien la caza del jabalí, con-

testó Roland, dilatadas las narices, inflamados los ojos y entreabiertos los labios. Fuego, Eduardo!

Salió el tiro al mismo tiempo que la orden de disparar; pero tan pronto como el tiro, al mismo tiempo que él, antes quizás, arremetió el jabalí al niño con la prontitud del rayo.

Oyóse un segundo tiro; viéndose después en medio del humo los ojos del animal brillando como dos ascuas.

Pero encontró á su paso á Roland con una rodilla en tierra y el cuchillo de caza en la mano.

Por un momento vióse rodar por el suelo un grupo confuso é informe, el hombre abrazado con el jabalí, el jabalí abrazado con el hombre.

Oyóse en esto un tercer tiro y luego una gran carcajada de Roland.

—Oh! milord, dijo el joven oficial, lástima de pólvora y bala que acabais de gastar; no veis que ya no tiene defensa? Ayudadme á levantarlo; el maldito casi me ahoga con su peso.

Pero antes de que le ayudase sir John, hizo Roland un violento esfuerzo para quitarse de encima el cuerpo del animal, levantándose cubierto de sangre, pero sin el menor rasguño.

Sea por sorpresa, sea por valor, Eduardo no habia retrocedido ni una sola pulgada. Es verdad que se hallaba completamente escudado por el cuerpo de su hermano, que se le puso delante.

Al ver sir John caer exánime al jabalí, contemplaba á Roland con la misma extrañeza después de este segundo duelo, que lo habia contemplado después del primero.

Echáronse los perros sobre el jabalí, intentando, aunque inútilmente, llegarle á la piel que, cubierta por erizadas cerdas, se presentaba tan impenetrable como el hierro.

—Vais á ver, dijo Roland, enjugándose las manos y el rostro, cubiertos de sangre, con un fino pañuelo de batista, como se lo van á comer, sin cuidarse de separar vuestro cuchillo.—Es verdad, dijo sir John, dónde está el cuchillo?—Ahí lo encontrareis clavado, contestó Roland.—Ah! dijo el niño, no se vé mas que el mango.

Y corriendo hácia el animal, arrancó el puñal, hundido en efecto, como habia dicho, hasta el mango.

La punta finísima, dirigida por un ojo experimentado y guiada por una mano vigorosa, habia penetrado directamente hasta el corazón.

Véanse además otras tres heridas en el cuerpo del jabalí.

La primera, debida al disparo de Eduardo, habia abierto un surco sangriento encima del ojo, al resbalar la bala que no tuvo la fuerza suficiente para atravesar el hueso frontal.

La segunda, causada por el primer disparo de sir John, conocíase por una línea sanguinolenta que se veía á lo largo de su cuerpo, por el que se habia deslizado también la bala.

Atravesábale el cuerpo la tercera, debida al último tiro

disparado á quema ropa ; pero como habia dicho Roland, la habia recibido cuando se hallaba ya sin vida.

VIII.

Distracciones de provincia.

Habia terminado la caza, iba adelantando la noche ; preciso era por lo tanto retirarse al castillo.

Aguardaban los caballos á unos cincuenta pasos de distancia ; oíanse distintamente los relinchos con que manifestaban su impaciencia, pareciendo preguntar si se dudaba de su valor, toda vez que no se les habia dejado tomar parte en el drama que acababa de tener lugar.

Estaba empeñado Eduardo en arrastrar hasta ellos el jabalí, cargarlo y llevarlo consigo al castillo; pero Roland le hizo observar que era mucho mas sencillo enviar despues dos hombres á recogerlo. Esta fué tambien la opinion de sir John, por lo que no tuvo mas remedio Eduardo que conformarse con la mayoría, si bien señalando la herida de la cabeza, no cesaba de repetir : Esta se la he hecho yo.

Llegaron los tres cazadores al sitio donde se hallaban los caballos, recorriendo en menos de diez minutos la distancia que les separaba del castillo de Fuentes-Negras.

Aguardábales á la puerta madama de Montrevel ; mas de

una hora hacia que estaba allí la pobre madre, temiendo hubiese sucedido alguna desgracia á alguno de sus hijos.

Al verla desde léjos Eduardo, puso al galope su jaco gritando al través de la verja :

— Mamá! mamá! hemos muerto un jabalí como un pollino ; yo le he herido en la cabeza, ya verás la señal de mi bala ; Roland le ha hundido el cuchillo hasta el puño ; milord le ha disparado dos tiros. Pronto, pronto! avisar á dos hombres que vayan á buscarlo. No te asustes al ver á Roland cubierto de sangre, mamá, es del animal ; Roland no ha recibido ni un leve rasguño.

Todo esto lo decia Eduardo con su natural vivacidad, mientras madama de Montrevel salia á su encuentro adelantándose á abrir la verja.

Quería recibir á Eduardo en sus brazos, pero este, despues de haberse apeado, le saltó al cuello.

Llegaron en aquel momento Roland y sir John, cuando aparecia tambien en la puerta Amelia.

Separóse Eduardo de su madre, que hacia mil preguntas á Roland al verle cubierto de sangre, para ir á repetir á su hermana el mismo relato que acababa de hacer á su madre.

Escuchábale Amelia con una distraccion que hirió sin duda el amor propio de Eduardo, puesto que, dejándola bruscamente, se fué á la cocina para volver á contar el suceso á Miguel, por quien estaba bien seguro de ser atentamente escuchado.